

***De mi amigo
Gerardo Cabarga***

LA CASTILLA DE SORIA

*Para los sorianos de mi tierra montañesa,
en la fiesta de San Saturio.*

Yo he vivido bastantes años en Castilla. Concretamente, en un pueblecito serrano, escondido en la espesura misma de los pinares de Soria. Castilla, aquí, se nos muestra diferente a ese paisaje de planicie y extensión que conocemos. Dijérase que para contemplar la riqueza de los trigales, nos elevamos sobre las sierras encrestadas cubiertas de una selva de pinos, con su verde dosel de «espacia» y su alfombra de piñas.

Calor sofocante. Las eras tienen intensidad de trabajo. Las yuntas cansinas, trillan la parva con ritmo monótono, acompañadas por las voces de los viejos, de rostros apergaminados, sentados en los trillos. Los bieldos, en un movimiento de aspas de molino, lanzan al aire los montones que la brisa va aventando. Las mozas, con su pañuelo blanco o su sombrero de paja, cantan alegres, acariciando quizá algún sueño, y los chiquillos, sucios y abandonados, barren la era y traen y llevan el botijo del agua.

Tras el intenso calor, viene el nublado. El sol se oculta. Negros nubarrones galopan vertiginosos y estallan en la furia del rayo y el trueno. Llueve. Cae pedrisco, como huevos de ave. La gente abandona la era. Los niños se esconden amedrentados, y los animales menean con mayor nerviosismo orejas y rabo, para librarse de las picadas de los «moscos»...

Despeja. Los carros, chirriantes y pausados, vienen cargados de troncos para la serrería. En las «campas»,

se levantan torres y pirámides de madera. Las máquinas, en un loco devorar, convierten el rollo en tablones, entre una niebla de serrín.

Moisés, el tonto del pueblo, con su blusa larga, su andar plano, su cara cretina y su constante babear, lleva el ganado a la fuente y después al «pago» de Las Rozas, para que paste. Y colocados como figuras de nacimiento, hay por los riscos rebaños de cabras y ovejas, con el alegre tintineo de sus cascabeles...

Hablamos con Isaías, el pastor. Zurrón y manta al hombro, lleva 32 años —desde niño—, guardando ganado. No sabe leer, ni escribir, ni contar. Sin embargo, cuando recoge las cabras en las «tenadas» del monte, conoce si falta alguna. Sabe también de soles, de vientos, de nublados y de nieves, porque a diario, en su soledad, aprende en el libro de la naturaleza. ¡Qué felicidad, Señor!

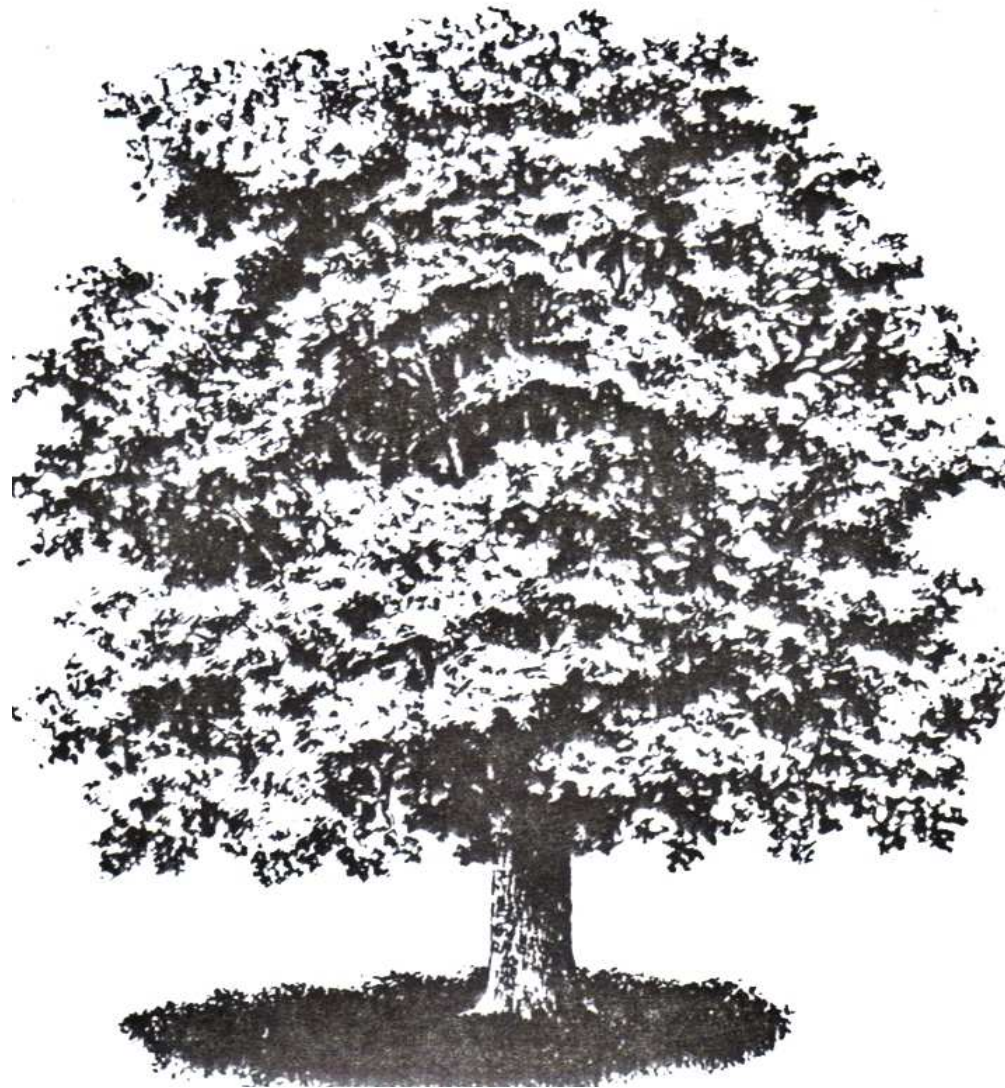
Termina el día. Las campanas de la iglesia llaman a oración, despertando a las cigüeñas de los nidos de la alta y vieja torre.

Al anochecer, el calor de Castilla, nos trae —en estas alturas pinariegas de la Soria cantada por Antonio Machado—, ligeras brisas de frescura: obsequio galante de una hermosa luna llena, con un parpadeo de estrellas y un intenso olor a resina y tomillo...



Santander, 1987.

PLEGARIA DEL ARBOL



Hombre que cruzas por el camino, detén tu paso un momento y admira la fortaleza de mis raíces, contempla la corpulencia de mi tronco, la maraña de mis ramas y el amplio dosel de mis hojas verdes.

Recuerda, hombre que pasas por el sendero, que te regaló agradables fragancias, y refugio en las lluvias, y sombra en los soles del verano, y frutos para tus hambres, y alivio en los cansancios del trabajo, y cobijo a la hora de la comida festiva, y frescura en las siestas y descansos.

No olvides, hombre, que con mi madera se elaboran las vigas, las puertas y ventanas para edificar la casa en que te albergas, y soy noble en la mesa, en la silla, en la cama y en los demás muebles que hacen confortable el hogar de tu vida sobre la tierra, en pos de la felicidad.

Soy el mango de tus herramientas, el juguete de tus hijos, el pertrecho de mil aficiones, el juego de los bolos, el devoto retablo de las capillas, el arte del cincel de los imagineros, el sutil instrumento musical, o los bellos órganos barrocos, o el rabel, o las abarcas de cualquier pueblo...

Soy el rescoldo del leño que crepita y se quema en la chimenea, el almacén de los carros pueblerinos, el esqueleto que aguanta el vaivén marino de la lancha pescadora, el cayado que ayuda a los años y en la sinuosidad de la vereda. Soy la gracia y armonía del paisaje. Y fui la cruz de Cristo.

No me hagas daño, hombre que dices amarme, pues soy una hechura de Dios para tu bien. Y advierte, caminante olvidadizo o distraído, que, si en el principio fui tu cuna, en el último momento, al final ya, todavía te ofrezco el servicio de acompañarte a la postrer morada, con las cuatro tablas de tu ataúd, a la espera de la resurrección de la carne.—AMÉN.

Gerardo Cabanque

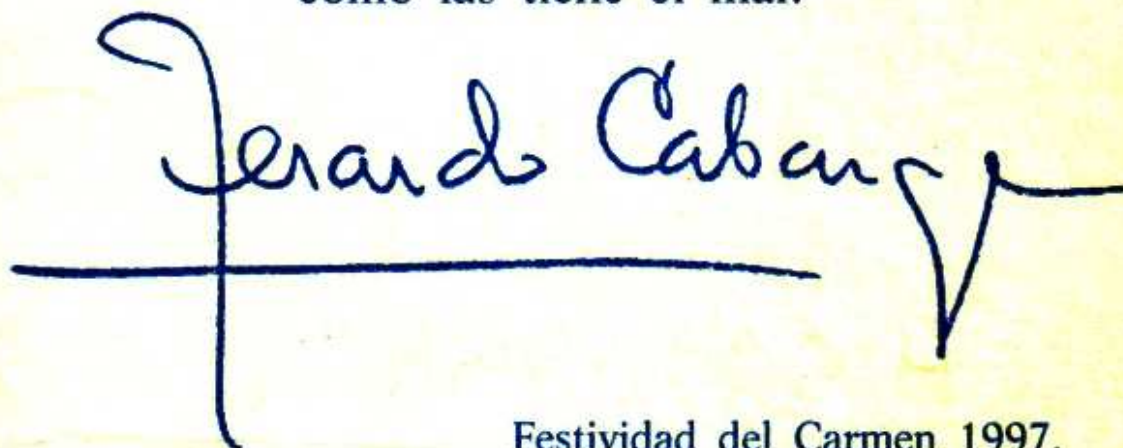
COMO EL MAR

Para aquellos que llevan en el alma
el dulce albor de la primera edad,
tiene la vida inmensos horizontes
como los tiene el mar.

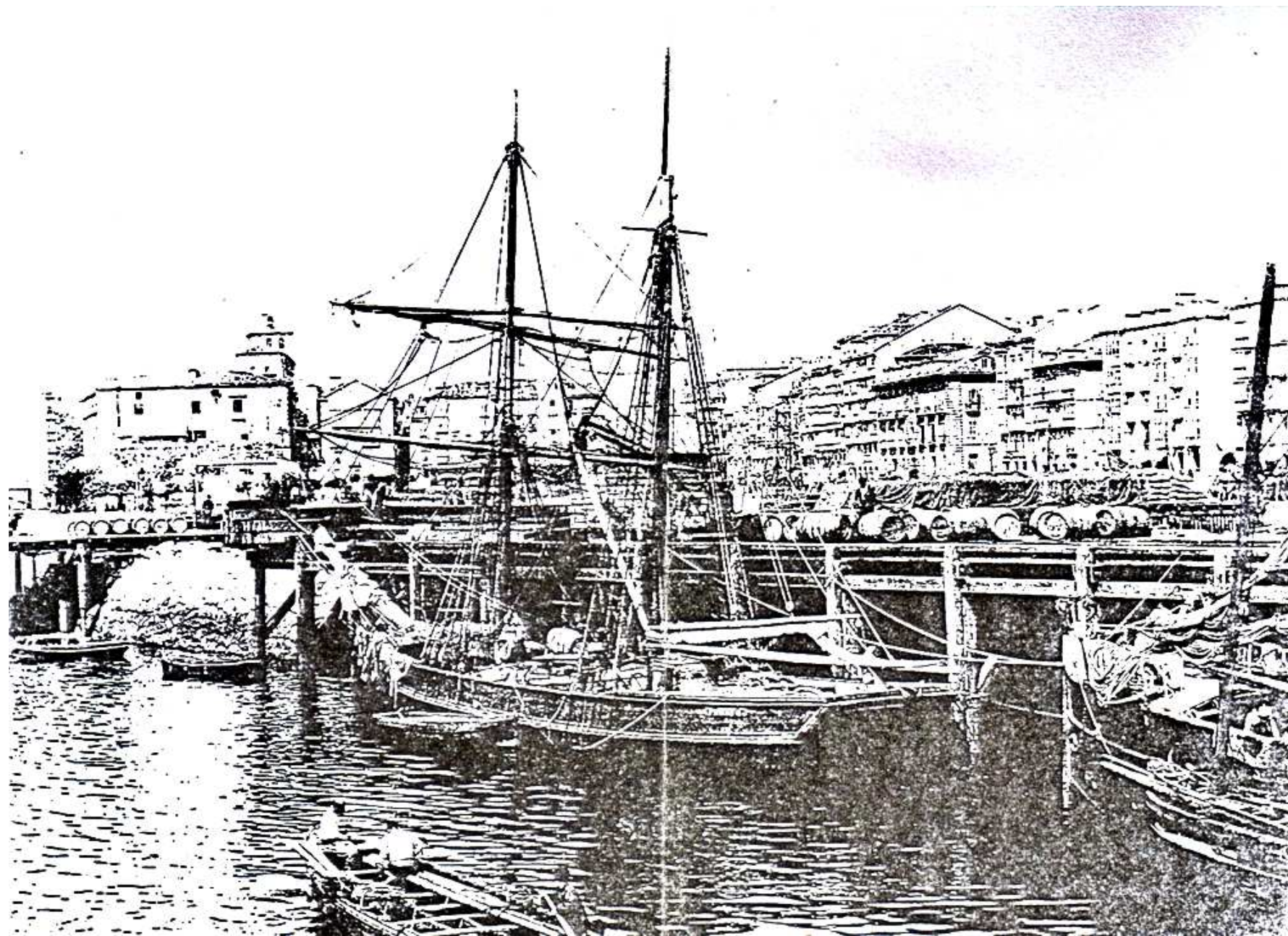
Para aquellos que amándose, concretan
sus ambiciones en amarse más,
tiene la vida hospitalarios puertos
como los tiene el mar.

Para aquellos que buscan el combate
y en pos del triunfo y del esfuerzo van,
tiene la vida turbulentas olas
como las tiene el mar.

Y para aquellos que náufragos no esperan
ni del amor ni de la gloria ya,
tiene la vida silenciosas playas
como las tiene el mar.

A handwritten signature in blue ink that reads "Gerardo Caban". The signature is written in a cursive style with a large initial 'G' and a long horizontal stroke extending to the left.

Festividad del Carmen 1997.



COMIDA-HOMENAJE DE LA SOCIEDAD DEPORTIVA LA CARACOLA A
D. JUAN RINCON NUÑEZ
EN EL HOTEL RHIN DE SANTANDER
EL DIA 13 DE AGOSTO DE 1997



EL SARDINERO
SANTANDER

LA AMISTAD Y EL VIENTO

Van cayendo del árbol de la vida
las flores amarillas del recuerdo,
sólo quedan, prendidos en sus vástagos,
los preñados botones del anhelo.

Corta el dolor las ramas carcomidas,
que dieron fruto estéril de hombre viejo,
para encender la hoguera del espíritu
y reavivar la llama de lo eterno.

Quieras, Juan, sepultar tus hojas pálidas
en el sepulcro de cristal del tiempo,
quieras hoy renacer a nueva vida
y brindar nuevo fruto en tus renuevos.

Y cuando estés lejano de estos mares,
y añores con nostalgia los afectos,
no olvides de sentirnos, esperando,
en la orilla de la amistad y el viento.

Jesardo Cabanper



VOLVER

Se irá el invierno y sus heladas tardes,
con él su sombra y su tristeza irán,
y sus largas noches de eterna lluvia,
monótona y tenaz...

Volverán los días con sol radiante
los azules cielos a iluminar,
y al primer rayo de su luz fulgente,
la alegría vendrá...

Los secos troncos, con su piel leñosa,
hojas y frutos y verdor tendrán,
el campo flores, el torrente espumas,
horizontes el mar...

¡Y en cada nuevo amanecer de vida,
la sonrisa del Dios de la Bondad!

Fernando Caballero

A los sorianos de Cantabria
Festividad de San Saturio 1999



LA MAR Y EL CIELO

Ven a la playa, preciosa niña,
la blanca luna su luz asoma,
las golondrinas buscan su nido,
sueñan con flores las mariposas.

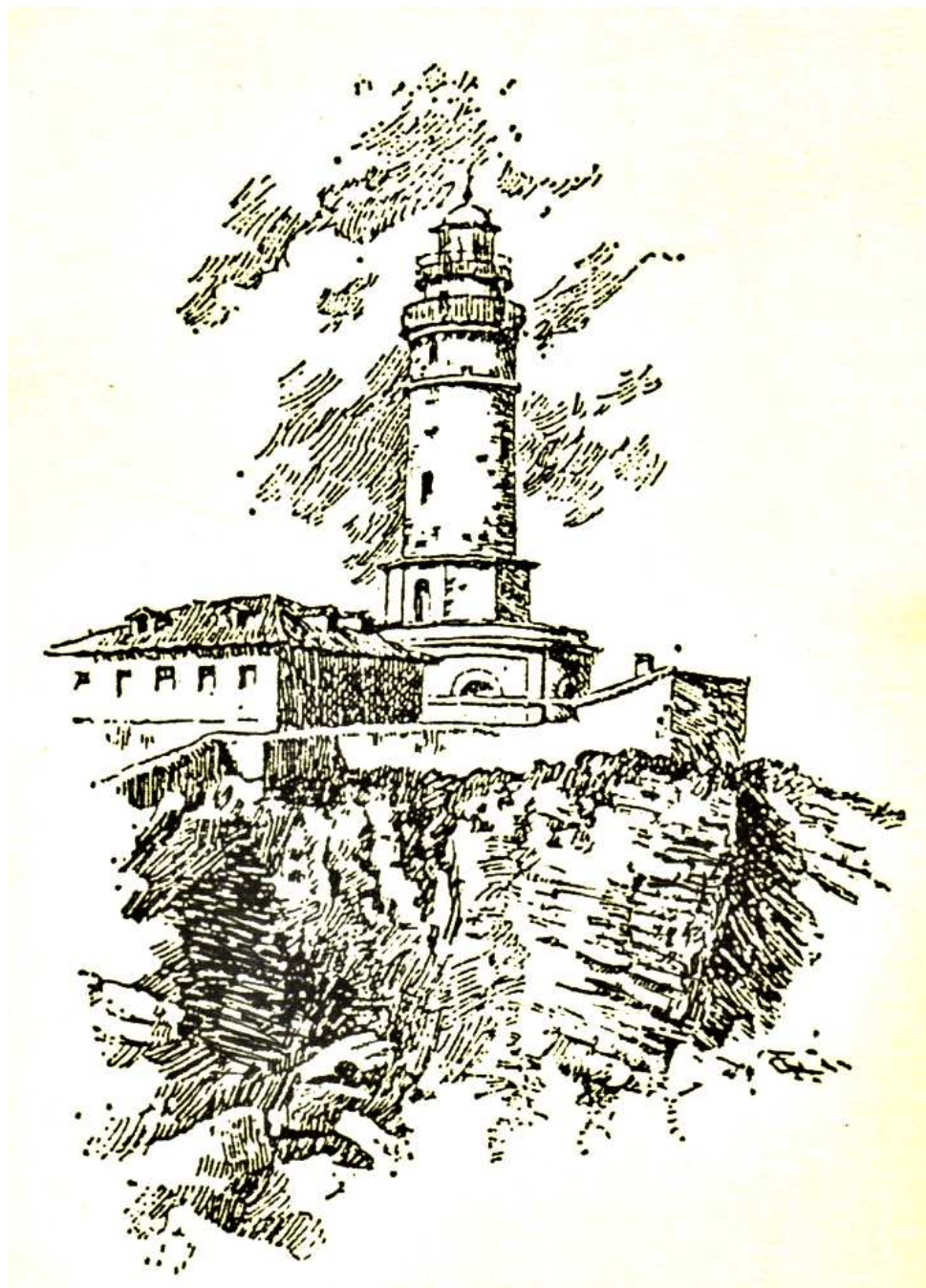
Sobre las rocas tengo mi barca,
sobre los riscos tengo mi choza,
tiestos con flores en la ventana,
dulces susurros, mansas gaviotas.

Tardes de rosa, noches de estrellas,
brisas, celajes, perlas y conchas
nos brinda dócil la mar y el cielo
para arrullarnos los dos a solas,
mientras el Buen Dios, desde muy alto,
mira y bendice esta paz dichosa.

Soy gondolero,
vivo en las ondas,
sobre la espuma,
sobre las rocas.

Fernando Cabange

A los sorianos de Cantabria
Festividad de San Saturio 2000



EL ROSTRO DE DIOS

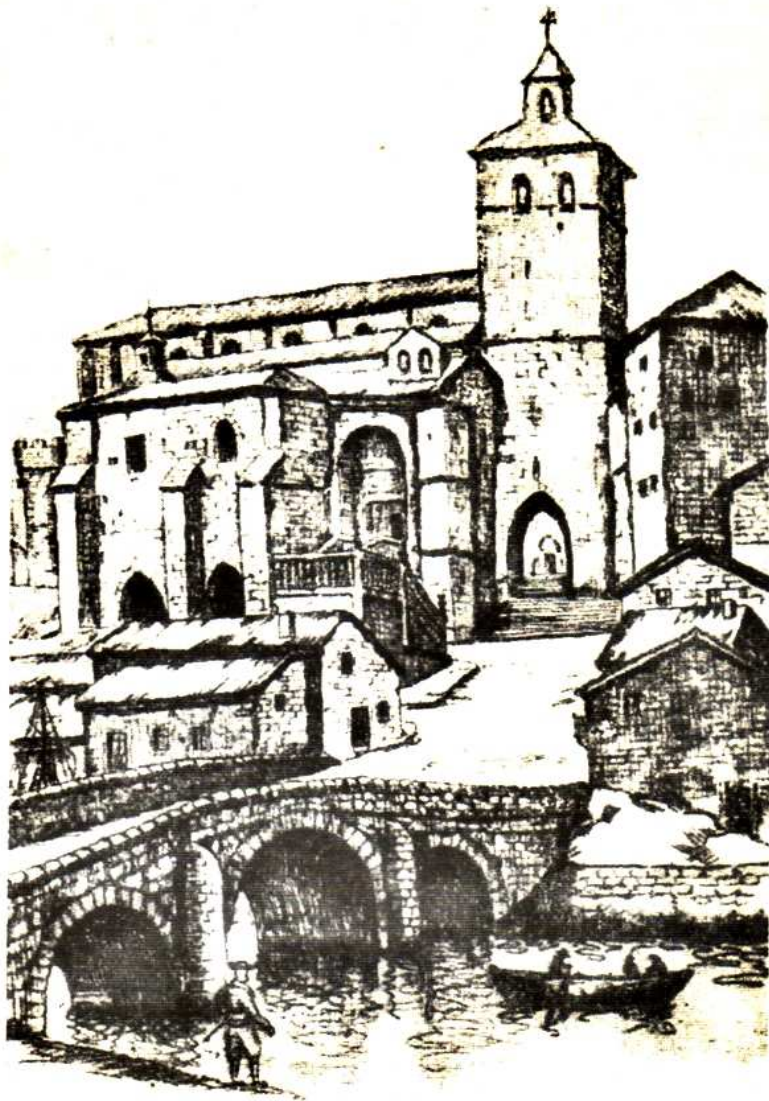
Las radiantes luces de la mañana
iluminan las cumbres de la sierra,
y a su tibio contacto, estremecidos,
despiertan los valles y las florestas,
y el mar sobre su lecho de corales,
y sobre la flor del pensil las nieblas,
abriéndose la vida y los placeres
a los suaves besos de sus esencias...

En la tarde, el sol doblará su brillo
al tocar de la noche las fronteras,
corriendo sin ruido el arroyo manso,
brindando el ave su canción postrera,
y temblando las olas en los mares,
y gimiendo las brisas en las selvas,
y cantando gozos y desalientos,
y aromas sutiles de dulces quejas...

Y en este desconcierto de armonías,
acallado el rumor de la arboleda,
el rostro de Dios vibrará en los aires
y en el alma creyente del poeta...

Jesús Cabanero

A los sorianos de Cantabria
Festividad de San Saturio 2001



A los sorianos de Cantabria
Festividad de San Saturio 2002

EL HOSPITAL

Ayer tarde he ido a visitar a un enfermo al hospital. De sala en sala, he tenido que recorrer esta ciudad del dolor, adivinando los dramas que escondían los blancos muros y camuflaban las flores del jardín.

He pasado de puntillas, rozando con la mirada a los yacentes, como la enfermera toca con mimo una herida para no hacer daño.

Al fondo, encontré a mi enfermo y, al verle, me quedé sin saber qué decir, pues el sufrimiento me angustia y abraza atrocemente.

¿Por qué el dolor, Señor? ¿Por qué este hombre que lleva tres días agonizando y tres noches llamando a su madre?... Y como él, y en otras camas, esa mujer joven, cancerosa y envejecida; ese muchacho, parapléjico por accidente; ese pequeño rapaz, mutilado en un descuido; ese viejo quejumbroso, con llagas purulentas y una mirada solanesca perdida en el padecimiento...

¿Por qué tantas amarguras, en un amplio abanico de despojos dolientes y solitarios?... ¡No lo entiendo, Señor! No lo entiendo, aun cuando el dolor se abata sobre buenos y malos, golpeando a mi hermano el prójimo. ¿Por qué estos y no otros? ¿Por qué ellos y no yo?...

Me quedé a la vera de mi enfermo, en silencio y rezando, sin que él supiera que estaba allí, acompañándole. Quiera el Señor que, algún día, vosotros y yo, podamos escuchar aquello de «porque estuve enfermo y me visitaste»...

Jesús Cabanero



OFERTORIO

Me ha visitado el hermano dolor. De improviso, calladamente, varias veces. Y siempre le abrí la puerta con amor y esperanza, confiando en el sosiego y bienestar de la salud presentida, que me fue dada a lo largo de mi vida, y que ahora ofrezco como tributo natural de mi ya gastada andadura terrena.

A la vera doliente, siento el rostro misericordioso de Dios y el cariño de mis gentes, que me arropan con dulzura y mimo familiar —soledad sonora del querer y los años—, cual Cirineos de indulgente paciencia, fortaleciendo mi humillada humildad.

Con gratitud y en homenaje a cuantos me hacen fácil el sendero en pos de la Verdad, y en la cima de mi existencia se avizora ya la razonable finitud del tiempo..., a todos, dedico el recuerdo de lo escrito años atrás, que ya preludiaba la tolerancia loable de los hombres de buena voluntad.

Así sea,

Santander, Navidad 2010.

BIENAVENTURADOS...

... aquellos que comprenden mi paso vacilante y mi temblorosa mano.

... quienes tienen en cuenta el esfuerzo de mis oídos para captar lo que ellos hablan.

... los que descubren que mi corazón y mis ojos están ya cansados y mis reacciones son lentas.

... cuantos desvían su mirada con disimulo al ver que he derramado la taza de café sobre la mesa.

... quienes me hacen concebir que soy amado y que no camino en abandono ni soledad.

... cuantos, sonriendo, entienden lo que me cuesta, a veces, encontrar fuerzas para llevar, con ajustada alegría, la honrosa carga de la vejez.

... aquellos que, con generosa bondad, ayudan la andadura de mi vida, en pos del ocaso definitivo.

Y bienaventurados sean, también, todos los que recen y me recuerden ante el Niño tan majo que nos nace en Belén...

Jesús Cabanper

FIN